

LA ATLÁNTIDA Y EL PUEBLO BASCO

EL CONTINENTE DESAPARECIDO

En un número de la *Nouvelle Revue*, M. L. d'Abartigue publica un artículo sobre la antigua cuestión de la Atlántida, y se empeña en demostrar que se trata de un problema científico y no de una leyenda. Cita, en apoyo de esta aseveración, toda una serie de pruebas, fundadas no solamente en los historiadores antiguos, sino también en los resultados obtenidos por la ciencia moderna en el terreno de la geología, de la botánica, de la zoología y de la etnografía.

Como se sabe, la Atlántida es, según ciertos autores, un continente ó un vasto archipiélago que en los tiempos prehistóricos habría ocupado el lugar en que se extiende hoy el Atlántico, formando así una especie de puente entre los dos grandes continentes que conocemos. M. d'Abartigue dice tener la seguridad casi completa de que tal continente ha existido, y las razones que alega hacen aparecer como muy plausibles las ideas del autor.

El misterio que envuelve el origen del pueblo bascongado está íntimamente ligado con la cuestión de la Atlántida. Los bascos no tienen parentesco con ninguno de los pueblos vecinos; viven como en una isla en medio de razas extrañas; y como no tienen hermanos ni al Este, ni al Sur, ni al Norte, es permitido suponer que son el resto de un pueblo hoy desaparecido que se extendía hacia el Oeste, es decir, hacia la región que ocupa el Atlántico

Según el autor, este pueblo debía haberse extendido hasta el continente americano, cuyos habitantes autóctonos, especialmente los al-

gonquinos del Canadá y los Incas del Perú, presentan analogías sorprendentes con el pueblo bascongado.

Numerosos son los autores de la antigüedad que hablaron de un continente misterioso, llamado la Atlántida, que en épocas remotas existía á poca distancia de las «Columnas de Hércules» ó sea del Estrecho de Gibraltar.

Herodoto fué uno de los primeros en hablar de un pueblo llamado «Atlantes», que habitaban un país situado á diez jornadas de los «Garamantes».

Plutarco habla de un gran continente desconocido y de un hombre que llegó de allí á Cartago.

Pero el autor que más detenidamente se ocupó de este tema fué Platón, quien dió numerosos detalles del continente desaparecido, detalles que le habían sido transmitidos por Solón.

En los tiempos remotos, dice el filósofo griego, había frente al estrecho llamado las «Columnas de Hércules» una isla llamada Atlántida, más grande que la Libia y el Asia reunidas. Detrás de esta isla se llegaba á otras y de estas últimas se pasaba á un continente rodeado del verdadero Océano.

Porque el mar que se halla allende las Columnas de Hércules no era más que una especie de gran golfo, un mar interior mientras que más allá había un mar verdadero y las tierras que lo rodeaban merecían el nombre de continente.

En la Atlántida,—continúa diciendo Platón,—existe un grande y maravilloso imperio, que dominaba sobre muchas otras islas y hasta sobre una parte del Continente. Este imperio sometió también la Libia hasta Egipto. Los Atlantes trataron de conquistar también los países que rodean el Mediterráneo; pero fueron derrotados, expulsados y rechazados más allá de las Columnas de Hércules.

Poco después se produjeron violentos terremotos y grandes inundaciones: y en el espacio de un día y de una noche, toda la población desapareció del continente y la isla misma se sumergió en las aguas del mar.

Hé aquí por qué el Océano no es navegable en aquellos parajes; el lodo y los escombros de toda especie que obstruyen la navegación son los restos de las tierras sumergidas.

Tal es, en resumen, el relato de Platón, que, como se vé, no contiene nada de imposible, ni aún de improbable. Sería, al contrario,

muy improbable que Platón hubiera «adivinado» que detrás de una serie de islas hubiese un vasto continente.

Por otra parte, todos los historiadores admiten ahora que tanto en Egipto y en Etruria de una parte, como en Méjico y en el Perú de la otra, ha habido una civilización anterior á la que nosotros conocemos. En Etruria, por ejemplo, se han encontrado huellas de una civilización antiquísima, cuya procedencia nadie podía explicar. En todo caso, esta civilización no ha podido proceder de países situados al Este, pues en los demás países del viejo mundo no se ha encontrado nada que se asemeje á aquella: de modo que es forzoso colocar su cuna en el Oeste, es decir, allá donde hoy día no se vé más que la inmensidad del Océano.

No menos interesante es el hecho de que las reseñas geográficas que Platón dá de la Atlántida, concuerdan en todo con los resultados de las investigaciones submarinas hechas durante los últimos años en el Atlántico. El filósofo griego dice que el país era abrupto del lado de la mar, pero que la parte central formaba una planicie rodeada de montañas. Pues bien: basta citar el resultado de los sondeos efectuados en el Atlántico por el buque de guerra inglés «Challenger», para convenirse de que esta descripción corresponde á la configuración del fondo del Océano.

Platón habla también de arroyos de agua calurosa que surcaban el continente misterioso. Esta clase de arroyos y fuentes es frecuente en países volcánicos, y como todo induce á creer que la desaparición de aquel continente ha tenido por causa erupciones de volcanes, se vé que este punto concuerda también con el carácter general del país.

Después de esta exposición fundada en el testimonio de autores antiguos y en las deducciones á que este se presta, M. d'Abartigue estudia los puntos relacionados con la etnografía, geología y zoología, que tienden también á demostrar la exactitud de sus aseveraciones.

Los arios que se establecieron en Europa procedentes del Asia central, encontraron las costas del Atlántico ocupadas por pueblos autóctonos.

Estos pueblos, que presentan rasgos comunes entre sí pero ninguna semejanza con los arios del Este, vinieron, sin duda, lo mismo que los bascos, de un país situado al Occidente.

De las pruebas geológicas que el autor cita en su apoyo, merece especial mención la siguiente: El mapa geológico de España permite

reconocer que había allí ríos tan grandes que no podían alimentarse sino en un vasto continente, y la dirección de estos ríos indica que venían del Oeste, es decir, de la región que ocupa hoy el Atlántico.

M. d'Abartiague opina, además, que existe una relación innegable entre los fenómenos á que se debía la desaparición de la Atlántida y el gran cataclismo de que hablan las tradiciones de casi todos los pueblos y que la Biblia designa con el nombre de diluvio.

No cabe duda de que tal diluvio ha ocurrido. Una tradición tan concisa en sus detalles entre los pueblos más diferentes—hebreos, arios, fenicios, griegos y hasta entre los aborígenes de América—~~ha~~ tiene algún fundamento real y no puede ser un simple mito; es innegable que la tradición se refiere á algún acontecimiento real y tan terrible, que su recuerdo ha quedado indeleble en la memoria de los pueblos.

Fundándose en estas consideraciones y en otras numerosas que omitimos por su carácter demasiado científico, el autor llega á las siguientes conclusiones:

En los tiempos más remotos de la existencia de la tierra, Europa, América y la Atlántida formaron un solo continente; andando el tiempo, la Atlántida se separó de Europa y de América para formar un continente distinto; el movimiento de dislocación se prolongó, hasta que la Atlántida no formó más que una gran isla rodeada de otras islas menores; un gran cataclismo, al fin ha destruido casi todo lo que quedaba de la Atlántida y no ha dejado más que unas cuantas islas aisladas; Madera, las Canarias y las Azores.

